

## La crisis económica: ¿causa o consecuencia?

Vicente Hueso García

### Capítulo tercero

#### Introducción

Sí, es cierto: el mundo occidental, o más exactamente, la civilización occidental, representada por sus dos principales polos, la Unión Europea y los Estados Unidos, se encuentra inmersa en una profunda crisis que rebasa, sin lugar a dudas, a la crisis de 1929, la Gran Depresión. Hay quien afirma que es la peor crisis del continente europeo después de la que precedió a la 2.<sup>a</sup> Guerra Mundial.

En esta crisis económica están en juego muchas cosas, entre otras, el estilo de vida representado por el Estado de bienestar que ha sido divisa incuestionable de la sociedad occidental junto con valores y principios tales como democracia, libertad, igualdad y derechos humanos.

La mayoría de las generaciones de nuestro mundo desarrollado (por debajo de los 30-35 años) no había conocido en primera persona una crisis económica. Es más, hasta ahora las generaciones posteriores siempre gozaban de mejor nivel de vida que las anteriores. Por el contrario, ahora observamos que como consecuencia –directa o indirecta– de la crisis de esta segunda década del siglo XXI, esa cadena se ha roto. Una parte importante de generaciones, especialmente las más jóvenes en edad de integrarse en el mercado laboral, se encuentran atrapadas en un callejón de difícil salida. De hecho, la sabiduría popular no ha tardado en darles diferentes denominaciones, como los “ni-ni” (ni estudia ni trabaja) o las generaciones perdidas, que reflejan en cierta manera esa realidad.

Esta situación tendrá efectos a corto plazo pero sobre todo a medio y largo plazo. Esa crisis cambiará sus estilos de vida y muy posiblemente tendrá repercusiones en la organización política, social, económica y de seguridad que, a su vez, se reflejará en los valores de la nueva sociedad que ha de venir.

La pregunta clave es si esa crisis económica es solo de naturaleza económico-financiera y, por tanto, el tratamiento político y económico de la misma permitirá recuperar la senda del crecimiento hasta los niveles de desarrollo anteriores o, por el contrario, como apuntan otras tesis a las que el autor de este trabajo se suma, la crisis es una consecuencia de algo más profundo como resultado del agotamiento del modelo occidental, y de manera más exacta la civilización occidental, en relación con otras civilizaciones.

Diferentes teorías sobre las civilizaciones, entre la que destaca la de Arnold Toynbee en el Estudio de la Historia, vienen a indicar que las civilizaciones se desarrollan pasando por un tiempo de dificultades o conflicto hasta llegar a un Estado universal y luego a la decadencia y desintegración. Existen ciertos indicios que apuntan a que Occidente se encuentra en la fase de decadencia.

Ahondando en esa hipótesis, se observa que la crisis económica no es mundial, es ante y sobretodo occidental. Otros países, sociedades y, si se quiere, civilizaciones se encuentran en fase de crecimiento económico durante un largo periodo de tiempo. Por otro lado, diferentes indicadores socioeconómicos muestran una tendencia descendente de la sociedad occidental con respecto al resto del mundo y sobretodo un desplazamiento de la influencia geoestratégica del Atlántico al Pacífico.

Si las sociedades modernas occidentales se encuentran en un periodo de decadencia como parte de la civilización de la que forman parte, eso supone que la crisis económica es una manifestación de esa decadencia y, por tanto, nos va a tocar vivir momentos de confusión y convulsión. Un adecuado diagnóstico de la situación llevará a determinar con mayor eficacia el tratamiento a aplicar, aunque este solo sea paliativo. El ser consciente de este hecho permitirá gestionar mejor ese declinar del mundo occidental con respecto al resto del mundo, evitando que el descenso sea incontrolado y, por tanto, traumático.

La Unión Europea frecuentemente es el blanco de las críticas de esta crisis. Sin embargo, la UE es un proyecto en fase de construcción, una organización inacabada que en pleno proceso de desarrollo ha sido bombardeada por diferentes frentes y ahora está tambaleante, no sabe dónde refugiarse.

La falta de comprensión de una organización que representa la identidad de los europeos requiere su análisis porque de ella ha dependido y de-

pendará en el futuro la estabilidad y la seguridad de Europa en su más amplio sentido. Europa no se concibe sin la Unión Europea en ninguno de los ámbitos, ya sea político, económico, social o de seguridad y defensa. Por todo lo anterior, se estudia también en este trabajo a la UE.

En tiempo de crisis y, aún más, de convulsiones, todo se cuestiona y se somete a la crítica: los valores que sustentan nuestras sociedades, las instituciones que las gobiernan, etc. Si tenemos en cuenta la tesis de partida, los grandes cambios que se producen en la sociedad, políticos, económicos y sociales, afectan a las sociedades y a sus organizaciones y estas, a su vez, se reflejan en los valores de los ciudadanos y en sus profesiones.

En tiempo de mudanzas, cuando la confusión se apodera de la ciudadanía y el margen para el proselitismo aumenta, proponiéndose fórmulas antiguas ante nuevos desafíos, es necesario fijar los conceptos básicos que sirvan de base sólida para seguir avanzando en la comprensión del problema y, llegado el caso, en la solución del mismo.

Cuando un barco, llamado civilización occidental, empieza a tener vías de agua es muy difícil taponarlas porque si la causa es por el mal estado del casco, en el momento que haya un nuevo golpe de mar, se abrirán nuevas vías. Por tanto, será necesario o bien cambiar de barco o llevarlo a dique seco.

Estamos viendo que en la sociedad occidental, y dentro de ella en aquellos países que más están sufriendo la crisis, esta se afronta desde la rigidez, nadie quiere perder cuotas de poder ya sea político, económico, social o laboral. Para ello, se intentan afrontar los nuevos problemas –las vías de agua– de manera parcial y en muchos casos de modo corporativista para evitar una disminución de poder en sus respectivos ámbitos de influencia, generando nuevas vías de agua en el sistema.

Con el fin de afrontar esta situación de crisis posiblemente habrá que llevar a cabo cambios radicales que se podrían calificar casi de revolucionarios en todos los órdenes. Es evidente que esto también afecta a la institución militar, tanto en la forma de estructurarse, organizarse y de coordinar con otros actores como en los modos y formas de acción. Quien crea que esta situación es temporal y basta con resistir, adoptando un perfil bajo y realizando ligeros cambios para maquillar la imagen, está condenado al fracaso.

El ámbito de la seguridad y la defensa estará sometido a las mismas tendencias que el resto de los cambios que operan en la sociedad. En la medida que las amenazas son cada vez más globales, la respuesta tiene que ser también global. Los recortes generalizados en los presupuestos del Estado conducirán, una vez más, a “racionalizaciones” del sistema de defensa que afectarán a sus capacidades y, a su vez, a la estructura y

organización de su componente principal, es decir, las Fuerzas Armadas de los Estados, en este caso occidentales.

La cuadratura del círculo solo será posible por medio de la complementariedad de los medios entre aquellos que comparten alianzas y organizaciones de seguridad. De alguna forma, se requerirá liberar cierta dosis de poder político a favor de terceros representados por las organizaciones de seguridad, a pesar de la sensibilidad de las poblaciones por estos asuntos.

### El declinar de nuestra civilización

Desde que a principios de siglo xx John Hay, secretario de Estado del presidente Theodore Roosevelt, dijera que *"el Mediterráneo es el mar del pasado, el Atlántico es el océano del presente y el Pacífico el océano del futuro"*, paulatinamente este vaticinio se ha ido cumpliendo.

En efecto, existe una percepción cada vez mayor de que lo que denominamos "el mundo occidental" está en proceso de declive. Ese sentimiento aflora más todavía cuando, como ahora, estamos sumergidos en una de las peores crisis, sino la peor, de nuestra historia posmoderna.

A la hora de analizar si los hechos respaldan esa percepción, es necesario establecer una unidad de comparación. Para este caso, el Estado, aunque sigue siendo el actor principal en la sociedad internacional, es insuficiente porque el mundo occidental va más allá de una pluralidad de Estados como organización política. Tampoco existen organizaciones internacionales regionales de magnitud similar a la Unión Europea que sirvan de comparación con la misma en todos los órdenes. Por tanto, la unidad de análisis que se considera más adecuada es la civilización.

El concepto de civilización está identificado fundamentalmente con el de cultura y por tanto, lo que se plantea en este trabajo es si la crisis económica en el mundo occidental es como consecuencia de una causa más profunda asociada a la cultura y a los valores. Desde que en 1993 Samuel Huntington publicara en la revista *Foreign Affairs* el artículo titulado "The clash of civilizations?" ("¿El choque de las civilizaciones?") y su posterior libro *El choque de las civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*<sup>1</sup>, se ha reforzado el estudio de la civilización como unidad cultural más amplia en el mundo, al margen de las reacciones y los comentarios que surgieron como consecuencia de las tesis expuestas en el libro.

El concepto de civilización, según Braudel, surge a lo largo del siglo xviii e inicialmente se identificó con la *forma de vida y los conocimientos de las*

<sup>1</sup> En este apartado se recogen y refutan la principales hipótesis de Huntington sobre las civilizaciones para analizar el estado actual de la civilización occidental.

*sociedades avanzadas*, contraponiéndose al término de *barbarie* que se atribuía a la *forma de vida y los conocimientos de los pueblos colonizados o más atrasados*. Durante el siglo XIX los europeos dedicaron mucha energía intelectual, diplomática y política a elaborar los criterios por los que las sociedades no europeas se podían juzgar suficientemente civilizadas para ser aceptadas como miembros del sistema internacional dominado por los europeos.

Con el paso del tiempo se hablaba cada vez más de civilizaciones en plural. Samuel Huntington señala que “una civilización es la entidad cultural más amplia. Aldeas, regiones, grupos étnicos, nacionalidades, grupos religiosos, todos tienen culturas distintas con diferentes grados de heterogeneidad cultural”<sup>2</sup>. Así, una civilización es el agrupamiento cultural humano más elevado y el grado más amplio de identidad cultural que tienen las personas, si dejamos aparte lo que distingue a los seres humanos de otras especies. Se define por elementos objetivos comunes, tales como la lengua, la historia, la religión, las costumbres, las instituciones y la autoidentificación subjetiva de la gente.

La cultura es el tema común que define a una civilización. En ella, además de lo señalado por Huntington, también se incluyen los valores, las normas y las formas de pensamiento a las que sucesivas generaciones han atribuido una importancia fundamental. Para este autor, la religión es una de las características esenciales de las civilizaciones.

Las civilizaciones no son, por el contrario, realidades políticas. Una civilización puede contener una o muchas unidades políticas de diferente orden. Igualmente, un Estado puede ser “multicivilizatorio”, es decir, una organización política puede abarcar más de una civilización. Otra característica de las civilizaciones, según Huntington, es que no tienen límites claramente marcados ni tampoco principios ni finales precisos. Sin embargo, las civilizaciones son entidades significativas y, aunque las delimitaciones entre ellas rara vez son claras, son reales.

Las civilizaciones no son permanentes, son como seres vivos, nacen, se desarrollan y, llegado el caso, desaparecen. El autor de la teoría del choque de las civilizaciones, al igual que otros estudiosos del tema, consideran que “aunque las civilizaciones perduran, también evolucionan. Son dinámicas; crecen y se derrumban; se funden y dividen; y también desaparecen y quedan enterradas en la arenas del tiempo”. En general, la mayoría de las teorías sobre las civilizaciones –eso sí, con diferentes matices– afirman que las civilizaciones se desarrollan pasando por un tiempo de dificultades hasta llegar a un Estado universal y luego a la decadencia y desintegración.

<sup>2</sup> HUNTINGTON, Samuel P.: “El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial”, Ed. Paidós, 1997.

La civilización es importante, esta es la tesis principal de Huntington, porque después de la Guerra Fría, el orden mundial basado en las ideologías ha dado paso a otro fundamentado en las civilizaciones. Las civilizaciones son y serán en este siglo causa de cohesión y de conflicto en el mundo, a pesar de que las civilizaciones no son realidades políticas en tanto que no mantienen el orden ni imparten justicia ni sostienen guerras ni tampoco hacen ninguna de las demás cosas que hacen los organismos estatales, pero sí puede afirmarse que condicionan a todas ellas.

Las civilizaciones contemporáneas, según Huntington, son: china, japonesa, hindú, islámica, ortodoxa, occidental, africana (posiblemente) y latinoamericana.

Nuestra civilización, la occidental, históricamente era la civilización europea. En la época moderna, la civilización occidental es civilización euroamericana o noratlántica. El término occidental incluye Europa y Norteamérica, más otros países procedentes de la colonización europea como Australia y Nueva Zelanda. En la actualidad tiene dos núcleos focales: Estados Unidos y la Unión Europea.

Se ha afirmado que la civilización es una entidad cultural y por tanto, existen unos valores que la identifican con respecto a otras. La civilización occidental tiene sus raíces principalmente en el cristianismo. Continuamente hablamos de los valores del mundo occidental o de la civilización occidental, estos valores se han sido considerados por los propios occidentales como valores universales; también modernización y progreso aunque de manera errónea, sobre todo en las últimas décadas, se han equiparado a occidentalización. En las negociaciones, en las políticas de desarrollo y en las relaciones comerciales, los países occidentales han condicionado frecuentemente las mismas a la promoción y respeto de valores como democracia y derechos humanos, que algunos han denominado y considerado valores occidentales.

En la medida en que una civilización es poderosa demográfica, económica, política y militarmente, se reafirma más en sus valores porque considera que son la base de su éxito y, consecuentemente, existe una mayor determinación a exportar esos valores a otros países y la aspiración a que los mismos se transformen en universales. En cierto modo, esa civilización busca transformarse en un "imperio universal", utilizando la teoría de la evolución de las civilizaciones de Quigley.

Por el contrario, cuando una civilización entra en declive, otras aspiran a ocupar el espacio que esta deja y también el resto del mundo cuestiona la cultura de la decadente civilización, mientras se van reafirmando los valores de las civilizaciones ascendentes como guías de éxito.

En definitiva, el declive de una civilización lleva también asociado el declive de sus valores. Lo contrario también es cierto, cuando los valores

de una civilización entran en crisis o se cuestionan los mismos, esa civilización está llamada a perder su importancia porque una civilización es cultura y los valores forman parte intrínseca de sus señas de identidad.

Antes de seguir avanzando en el análisis de la civilización, es conveniente que se identifiquen dos conceptos claves que son la base del razonamiento de este trabajo: cultura y valores. Cuando se habla de cultura nos referimos a la "totalidad de las normas sobre las que descansan las diversas transacciones de cualquier colectividad" (Shibutani, 1971). Víctor Pérez-Díaz le da una definición más operativa al decir que se entienden por cultura "valores y normas personificadas en prácticas humanas" (Pérez-Díaz, 2012). Los valores forman parte de la cultura y son principios y creencias que rigen el comportamiento de los individuos y que son compartidos por una cultura fruto de un consenso social.

¿Cuáles son los valores, de los que tanto hablamos, que son las señas de identidad y el legado de la civilización occidental? En el preámbulo del Tratado de Lisboa se declara:

*Inspirándose en la herencia cultural, religiosa y humanista de Europa, a partir de la cual se han desarrollado los valores universales de los derechos inviolables e inalienables de la persona, así como la libertad, la democracia, la igualdad y el Estado de derecho.*

El artículo 2 del Tratado matiza los valores fundamentales de la Unión:

*...respeto de la dignidad humana, libertad, democracia, igualdad, Estado de derecho y respeto de los derechos humanos, incluidos los derechos de las personas pertenecientes a minorías. Estos valores son comunes a los estados miembros en una sociedad caracterizada por el pluralismo, la no discriminación, la tolerancia, la justicia, la solidaridad y la igualdad entre mujeres y hombres.*

De lo anterior se deduce que los valores que constituyen las señas de identidad de la Unión Europea como parte indisoluble de la civilización occidental son los siguientes:

- *Respeto a los derechos humanos.*
- *Individualismo (supremacía del individuo).*
- *Libertad.*
- *Democracia.*
- *Estado de derecho y el imperio de la ley.*
- *Pluralismo en todos órdenes.*
- *Igualdad y solidaridad.*

El asunto de las raíces cristianas de Europa levantó cierta polémica en la redacción del entonces proyecto de la Constitución de Europa, pero pensando en términos "civilitatorios", Occidente se conforma entorno a la religión cristiana y consecuentemente es un elemento importante en las

señas de identidad de la Unión Europea. A estos valores se podría agregar el Estado del bienestar.

En el citado preámbulo se indica que los valores mencionados son universales. Ello es el reflejo de la influencia de la civilización occidental en el mundo entero a partir del siglo xv hasta bien entrado el siglo xx. En 1800, los europeos controlaban el 35 % de la tierra firme del planeta. En 1878 el 67 % y en 1914, el 84 %. En el proceso de expansión europea, ciertas civilizaciones como la andina y la mesoamericana fueron prácticamente eliminadas; la hindú y la islámica quedaron sometidas, lo mismo que la africana, y se penetró en China, que quedó subordinada a la influencia occidental.

A principios del siglo xx, civilización era sinónimo de civilización occidental. El sistema y el derecho internacional eran el sistema westfaliano occidental; el sistema internacional era de corte occidental; las ideologías imperantes eran también occidentales; la estructura económica se basaba en la occidental, es decir, en la economía de mercado, y los valores que envolvían al planeta eran los procedentes de la civilización triunfante.

En la medida que Occidente sea más débil en relación con otras civilizaciones, se cuestionará más su cultura y valores y, además, será más difícil exportarlos. Esto también tendrá repercusiones en el ámbito interno, pues se crearán dudas y vacilaciones entre sus propios componentes sobre la idoneidad de esa cultura para encontrar soluciones a sus problemas.

En el siglo xxi, la civilización occidental es todavía la más influyente y sigue teniendo intereses en todo el mundo y, posiblemente, lo seguirá siendo durante algún tiempo. Sin embargo, en la medida en que otras civilizaciones como la sínica y la islámica aumenten su influencia en el mundo, lo que los occidentales denominamos universal los no occidentales lo verán simplemente como occidental. Valga como ejemplo el concepto de derechos humanos, para algunos propios de Occidente y que será cada vez más difícil que pueda ser asumido como universal por otras civilizaciones.

El hecho de que en repetidas ocasiones esos “valores universales” se hayan utilizado como instrumento para configurar y gestionar las relaciones con otros actores internacionales, ya sean estados, organizaciones o bien individuos, y, además, los criterios de aplicación hayan sido diferentes en función de las circunstancias y del actor a negociar, ha restado credibilidad a la hora de exportar los valores occidentales a otros mundos.

En definitiva, siguiendo el pensamiento *hungtintoniano*, el universalismo es la ideología de Occidente en sus confrontaciones no occidentales y señala este pensador: “Lo que para Occidente es universalismo para el resto del mundo es imperialismo”.

Poder es la capacidad o potencial para ejercer influencia. Capacidad para producir efectos en otros o el potencial para influir. La influencia origina el cambio de actitudes, valores, creencias o comportamientos de una persona, provocados por las tácticas de influencia. Las tácticas de influencia pueden ser muy variadas pero en términos de relaciones internacionales se basan en recursos económicos, militares, institucionales, demográficos, políticos, tecnológicos, sociales o de cualquier otra índole.

Los datos que a continuación se exponen indican que Occidente, a pesar de ser todavía la civilización más influyente, ha iniciado su declinar en relación con otras civilizaciones, especialmente con respecto a la sínica y a la islámica.

En lo que al territorio se refiere, en 1920, momento de mayor expansión territorial, Occidente disponía de 66 millones de km<sup>2</sup>. En 1993, el control del espacio terrestre se había recortado en casi un 50 %, pasando a unos 33 millones de km<sup>2</sup>.

Respecto a la población, en 1900, los occidentales constituían el 30 % de la población mundial y los Gobiernos occidentales controlaban el 45 %. En el 2001, esta situación había caído drásticamente, solo el 14 % de la población mundial pertenecía a la civilización occidental y se prevé que para el 2025 esta cifra baje hasta el 10 %. Occidente ocupa el cuarto lugar por población después de las civilizaciones sínica, islámica e hindú.

Si nos referimos al segundo foco de Occidente, la UE, su población apenas será el 6 % del total de la población mundial al final del primer cuarto de este siglo. A largo plazo, el envejecimiento de la población tendrá como consecuencia un déficit de mano de obra en muchos países desarrollados; sin embargo, este efecto tendrá sus plenas consecuencias a partir del 2030: el envejecimiento de la población europea podría causar un importante estrés al sistema social, económico y de seguridad de la Unión.

Otro aspecto clave para analizar en qué fase se encuentra una civilización es el análisis de los factores económicos. En 1928, la producción manufacturera de Occidente era el 84 % de la mundial. A partir de ese momento, la proporción de esta civilización fue declinando y en 1980 esta cifra estaba en casi el 58 %. Si hablamos en términos de PIB, en 1950 el porcentaje mundial que correspondía a Occidente era el 64 %, en 1992 el 49 % y en el 2011 baja hasta el 39 %.

Un cuarto factor es la capacidad militar que reúnen los estados y las organizaciones de seguridad y defensa pertenecientes a Occidente. Hoy pocos cuestionan que, si bien las civilizaciones no tienen una estructura política, influyen en configurar las relaciones internacionales. El poder militar es el atributo final más patente a tener en cuenta para valorar la capacidad de ejercer influencia en la comunidad internacional.

El poder militar de una civilización viene determinado por la capacidad de movilizar los medios y recursos militares así como de proyectarlos en apoyo a la política de los países y de las organizaciones de seguridad y defensa de una civilización. Normalmente, en la medida en que hay un estado líder, como es el caso de Estados Unidos en la civilización occidental, es más fácil aglutinar esfuerzos.

Si consideramos que la potencia militar es la resultante de tecnología, organización, volumen de hombres y material y apoyo social para el mantenimiento y empleo de esa fuerza, la civilización occidental, liderada por Estados Unidos y la OTAN, sigue siendo con diferencia, en este segundo decenio del siglo XXI, la más poderosa, pero también es cierto que desde hace casi 25 años los presupuestos de defensa de los países occidentales han ido cayendo paulatinamente y también hay una mayor resistencia por parte de la población para proyectar fuerzas militares fuera de las fronteras nacionales. La actual crisis económica de Occidente agudizará esta tendencia, al disminuir todavía más los presupuestos de defensa, limitando la capacidad operativa y aumentando la resistencia al empleo de fuerzas militares bajo diferentes mandatos de organizaciones internacionales.

Además, el envejecimiento de la población, principalmente de la europea:

*...en las próximas décadas afectará inevitablemente al reclutamiento de las Fuerzas Armadas, especialmente de las profesionales y, por tanto, a su tamaño. Consecuentemente, la Unión Europea tendrá que elegir cuidadosamente sus compromisos militares, pues la expansión de misiones de apoyo a la paz de larga duración requiere habitualmente un considerable número de fuerzas desplegadas que unido a las propias necesidades nacionales de los estados miembros corren el riesgo de no poder cubrir todas las demandas de misiones PESD (Hueso, 2006).*

Por otro lado, sirvan como ejemplo China, la India y Japón y en general los países del sudeste asiático, cuyos presupuestos de defensa han aumentado en un 33 % en la última década.

Como consecuencia de todo lo anterior, se puede concluir que, si bien debido a la superioridad tecnológica y organizativa junto con el liderazgo de los Estados Unidos como potencia militar Occidente sigue teniendo una importante superioridad militar en relación con ciertas civilizaciones y posiblemente será así al menos en el primer cuarto de siglo, los países líderes de otras civilizaciones están aumentando su capacidad militar de manera silenciosa pero firme.

Todos los datos expuestos atestiguan que la civilización occidental todavía es la más influyente en el mundo y lo seguirá siendo pero, por otro lado, también se aprecia que ha iniciado una fase de regresión, declinar

que no avanza describiendo una línea recta sino más bien una "s", en el que se alternarían fases de lento descenso con otras de una rápida desaceleración seguida por tasas reducidas de expansión y estabilización. Esto es más evidente en la dimensión económica.

Este probable ocaso no está predestinado y esto significa que las civilizaciones se pueden recuperar si son conscientes de ese declinar y capaces de aplicar el tratamiento adecuado. Muchas veces ese tratamiento es tan profundo que las generaciones del momento no son capaces de sacrificarse y prefieren prolongar su naciente agonía.

El mundo se ha globalizado y muchos países se modernizan, pero actualmente modernización no significa occidentalización, tal como pudo ocurrir entre finales del siglo XIX y principios del XX.

¿Es suficiente esta teoría para explicar la crisis económica actual que golpea principalmente a los países occidentales? Ciertamente no, esta hipótesis es condición necesaria pero no suficiente para explicar la actual crisis. La contraria tampoco es cierta, es decir, achacar la crisis actual solamente a factores meramente económicos.

La cultura y los valores de una civilización, organización internacional o país son claves a la hora de comprender las dimensiones políticas, económicas, sociales y de seguridad y defensa de las mismas, puesto que ellos marcan la conducta de las instituciones y de las personas que forman parte de la estructura social.

### Cultura, valores y orden moral

La confianza es la piedra angular de cualquier empresa colectiva. Es muy difícil llevar acciones concertadas entre los individuos si no existe un mínimo de confianza entre ellos. Cualquier organización política, económica, social o de seguridad precisa de la confianza entre sus componentes para consolidarse y cumplir sus objetivos.

Diariamente llevamos a cabo acciones dentro de nuestras sociedades que están fundamentadas en ciertos sobreentendidos que son posibles gracias a la confianza: cuando un conductor circula por una calle, no frena cada vez que atraviesa una calle secundaria porque tiene confianza en que los otros conductores respetarán las señales de tráfico y de esa forma evitarán una colisión; cuando una persona entrega un donativo a una ONG para ayudar a otras desprotegidas es un acto de confianza, ya que considera que esa organización empleará su aportación económica a tal fin; el hecho de crear una empresa entre varias personas arriesgando parte de sus respectivos bienes e incluso el prestigio personal para obtener un posterior beneficio, solo es posible si hay un cierto nivel de confianza entre esos socios.

El tema más sensible de un Estado es su seguridad. Cuando un conjunto de países son capaces de poner total o parcialmente la seguridad en manos de un tercero, es decir, de una organización, es porque existe un alto nivel de confianza para llevar a cabo una seguridad compartida.

Ahora bien, si esos actos que se realizan diariamente, la mayoría de ellos rutinarios, los sacásemos fuera de nuestro ámbito, de nuestro Estado, de nuestra sociedad y los llevásemos dentro de otra cultura, dejarían de ser eso, rutinarios, y habría un período de observación con el fin de saber si podemos depositar una parte de nuestra confianza en el nuevo contexto o grupo social en el que vivimos. La falta de confianza, en definitiva, es claramente incompatible con el buen funcionamiento de una sociedad.

La confianza no brota de manera casual, hay que planificarla y construirla, y la cultura y los valores de una sociedad son los elementos sobre los que se edifica la confianza. En la medida que los ciudadanos de una comunidad compartan una cultura será mucho más fácil que exista confianza y, por tanto, existirán mejores condiciones para crear instituciones, conseguir objetivos comunes y afrontar las dificultades colectivas de cualquier índole.

Estamos viviendo en un periodo en el que uno se identifica más por lo que no es que por lo que es. Esto crea confusión. En un mundo global se aprecia una tendencia a infravalorar el papel del Estado en beneficio de organizaciones bien supranacionales o bien regionales; sin embargo, en ese proceso de diferenciación se olvida que la sociedad sea del tipo que sea, supraestatal, nacional o regional, requiere unos consensos que se plasman en valores, y esos valores no basta con reflejarlos en grandes declaraciones y en discursos solemnes, hay que practicarlos, es decir, hay que transformarlos en guías de comportamiento.

Eso significa, en primer lugar, consenso por parte de la sociedad o sociedades implicadas y luego transmisión, es decir, socialización de los mismos hasta que estén interiorizadas en los miembros de la colectividad.

Como la socialización nunca es perfecta, la sociedad tendrá que establecer mecanismos continuos de resocialización. Los valores, o de forma más general la cultura, tienen unas raíces y por tanto una historicidad. Aquellos valores que carecen de raíces e historicidad en una sociedad están condenados al fracaso.

Cuando en la sociedad en general hay fallos de funcionamiento, muchas veces se debe a la falta de valores compartidos. En estas ocasiones nos referimos a crisis de valores, pues sentimos que la mayoría de los individuos de esa sociedad no empujan en la misma dirección. Lo que realmente ocurre es que aquellos valores que asumimos que forman parte del conjunto de una colectividad han dejado de serlo. Normalmente, esos valores son reemplazados por otros que son estimulados por grupos so-

ciales en apoyo de sus intereses particulares; a ellos muchas veces nos referimos como antivalores.

Cuando una sociedad no promociona entre sus miembros sus valores se crea una anomia, una falta de regulación moral que lleva a creer que los fines justifican los medios. Por eso, dentro de la cultura de una sociedad debe existir un orden moral, orden moral que puede ser entendido como un valor en sí mismo o simplemente como el elemento que pone en contacto todo el conjunto de valores para constituir un entramado cultural de una sociedad.

En la sociedad existen normas formales e informales. Es muy difícil vigilar constantemente a cada individuo para saber si cumple o no con ellas. Muchas veces esas normas informales no son punibles legalmente pero son contrarias a la cultura o al orden moral de una determinada sociedad. La sanción al incumplimiento de las normas informales viene del propio individuo –pérdida de autoestima– y del resto de la sociedad –miedo a sentirse aislado por sus conciudadanos o a una disminución del prestigio social–.

Formando parte de los valores sociales debe existir un orden moral para asegurar el cumplimiento de una conducta moral consistente en un comportamiento que no tiene otra sanción que la idea que tiene el propio individuo de lo correcto y lo incorrecto (Shibutani, 1971).

Una sociedad que no practique su cultura a través de sus valores y que no sea capaz de transmitir un orden moral a sus miembros está condenada al fracaso. Cultura, valores y orden moral no pueden entenderse como contrarios a la modernidad, civilizaciones como la sónica se modernizan reforzando sus señas de identidad como base de su progreso.

Platón decía que si un barco no sabe a qué puerto se dirige, ningún viento le es favorable. Una sociedad, cualquiera que sea su manifestación política, que da la espalda a su cultura, valores y orden moral es inestable porque navega sin rumbo. Ser miembro de una colectividad, ya sea política, económica o de otra índole, significa compartir valores, así y solo así se podrá crear el nivel de confianza para el progreso de la misma.

Un caso paradigmático para apoyar la tesis expuesta es la situación de la sociedad rusa. Con la disolución de la antigua Unión Soviética y del régimen comunista, la sociedad rusa ha sufrido –y todavía persiste– un quebranto de los valores tradicionales. Esos valores estaban fundamentalmente asentados en los principios de la religión ortodoxa.

El comunismo dio paso a un periodo de transición desordenado y un debilitamiento de la Administración central, especialmente en la época de Boris Yeltsin, que favoreció que se instalara un capitalismo salvaje en donde “el todo vale” con tal de enriquecerse transformó a la sociedad

rusa, especialmente a la urbana, creando el sentimiento de que el fin justifica los medios.

Las autoridades rusas fueron conscientes de que un tipo de sociedad fundamentalmente materialista era inestable. La manera en que los políticos rusos en el poder afrontaron esa situación fue fomentando, en primer lugar, la cultura rusa partiendo de unas raíces comunes. La Gran Guerra Patria, así denominada por los rusos a la victoria sobre el Tercer Reich en la 2.ª Guerra Mundial, fue el principal punto de encuentro y de partida de esa sociedad y, de hecho, se celebra mucho más el Día de la Victoria que el de la Fiesta Nacional. Por eso, aquellos que intenten llevar a cabo un revisionismo de la historia reciente de Rusia pueden ser juzgados como traidores porque atentan a la raíz misma de esa sociedad.

El siguiente paso emprendido por el Gobierno ha sido promover los valores tradicionales rusos, que tienen como fundamento los principios de las religiones más importantes que se practican en Rusia. De ellas, obviamente, la principal es la ortodoxa. En ese sentido, a partir del próximo curso escolar 2012-13, los colegios rusos contarán con una asignatura más, denominada: "Fundamentos de las culturas religiosas y de la ética laica".

Este caso ilustra cómo cualquier sociedad, aunque cuente con importantes recursos de toda índole como es el caso de la rusa, requiere de un orden moral para que progrese. La recuperación de su cultura y valores de identidad de cualquier sociedad requiere un proceso intenso y cuyos efectos son siempre a largo plazo.

### La Unión Europea como comunidad de valores

A la hora de abordar la crisis actual de Europa, el profesor Víctor Pérez-Díaz destacaba que "cuanto mejor sea la cultura moral de una sociedad, una cultura de la inteligencia y la virtud moral, mayor será su capacidad para resolver problemas..."<sup>3</sup>.

En la era de la globalización son muchos los que afirman que el Estado estaba en crisis. Esta organización política era muy pequeña para atender los grandes problemas de los ciudadanos y, por el contrario, muy grande para tratar los pequeños; por tanto, el Estado debía liberar poder político tanto por arriba –a organizaciones internacionales– como por debajo –a organizaciones regionales y locales–.

La realidad ha puesto de manifiesto que la globalización no estaba bajo control, no existía un entramado de organizaciones internacionales que

<sup>3</sup> PÉREZ-DÍAZ, Víctor: Europa ante una crisis global. Ed. Gota, 2012.

controlara los principales actores de la globalización, y ante ese desorden en el campo de la economía y las finanzas ciertas organizaciones y empresas se han aprovechado de la desregulación existente.

En cierto modo, en los últimos años se ha observado que la economía se quería desgajar de la política. Sin embargo, el tratamiento de la crisis, tanto a nivel intergubernamental como estatal, está reafirmando que la búsqueda de una fórmula económica para solventar esta situación requiere también una fórmula política correspondiente que la sustente (Peter Hall, 2012).

En esta crisis todas las miradas convergen en la Unión Europea. Tanto europeístas como euroescépticos han encontrado en esta organización el elixir para lavar responsabilidades y también el lugar de encuentro para buscar soluciones. Continuamente se ha observado, sobre todo en los primeros compases de la crisis, una política del "sálvese quien pueda" por parte de ciertos dirigentes europeos al intentar recurrir a soluciones exclusivamente estatales.

La idea original de la Unión Europea era establecer un espacio de seguridad inspirado en la máxima de que "crear Europa es crear paz". Una vez descartada la idea de una Europa federal, la construcción europea se ha ido llevando a cabo siguiendo la reflexión de Schuman: "Europa no se hará de golpe ni en una construcción de conjunto; se hará a través de realizaciones concretas, creando en principio, una solidaridad de hecho".

Europa se ha ido edificando por medio de la integración por sectores, desde las áreas más fáciles a las más complejas. Empezando por los asuntos tales como los aduaneros y los comerciales hasta llegar a los temas más sensibles para cualquier estado como son los de seguridad. A lo largo de esa trayectoria, la UE, de una forma o de otra, ha ido aumentando su poder político a costa del Estado en áreas tan importantes como la comercial, la agraria o la monetaria.

Cuando el método, sin embargo, se ha cambiado o se ha pretendido acelerar ese proceso, el sistema se ha colapsado. Sirva como ejemplo la temprana propuesta (1951) de crear la Comunidad Europea de Defensa (CED) que consistía en el establecimiento de una administración militar central europea dotada de un presupuesto común y cuyo objetivo consistía en la racionalización de la fabricación de armamento, equipamiento e infraestructura, todo ello entre países que hacía menos de una década eran enemigos. El último fracaso fue el rechazo de la Constitución europea por parte de los ciudadanos de algunos de los estados miembros de la Unión.

Al día de hoy, la UE es una organización inacabada que se encuentra en pleno proceso de construcción y que busca la mayor integración política en todas sus áreas. Este proceso solo puede avanzar si existe confianza

entre los ciudadanos y, consecuentemente, entre los dirigentes políticos de los estados miembros.

Aunque los valores del conjunto de los miembros de la UE son los mismos, los reflejados en el Tratado de Lisboa, el espacio europeo está compuesto por una pluralidad de pueblos particulares con identidades particulares que son fruto de particulares trayectorias históricas y con particulares sensibilidades. Los países pueden alinear sus instituciones y sus políticas y aun así acabar obteniendo resultados muy diferentes dependiendo del significado concreto y la dirección específica que cada sociedad otorgue a esas instituciones y políticas. La cultura particular de cada sociedad estatal es fundamental en esa concepción (Pérez-Díaz, 2000). En cuanto al ámbito económico, a pesar de que el modelo de economía capitalista es común en ese espacio, dentro del mismo se dan múltiples variedades de ese modelo.

En definitiva, la evolución en la construcción de Europa se mide por el grado de confianza entre el conjunto de los ciudadanos europeos. Es más fácil que brote la confianza entre sociedades que son más igualitarias y donde existen importantes vínculos de solidaridad. De hecho, en el proceso de integración europeo se emplean dos importantes instrumentos para disminuir las diferencias sociales y de desarrollo: por un lado, la política agraria común para mejorar las rentas de los agricultores y, por otro, los fondos de cohesión que se invierten en aquellas zonas geográficas de menor desarrollo. Este sistema funcionaba bien hasta hace poco, al menos en lo económico, y ha permitido seguir avanzando en ese proceso asimétrico de integración.

Se afirma con demasiada ligereza que la Unión Europea ha fracasado en el tratamiento de la crisis. Esto no es cierto, la crisis ha golpeado a la UE en pleno proceso de edificación; en lo que respecta al sistema monetario, se había creado el euro y sus decisiones políticas respecto a la unión económica y monetaria (UEM) se encontraban bajo la égida de esa organización, pero faltaban por crear instituciones para coordinar con autoridad la política fiscal de sus estados miembros. El Pacto de Estabilidad y Crecimiento fue un paso, pero insuficiente.

También es verdad que la mayoría de los países eran reacios a liberar soberanía en este campo, en parte debido, una vez más, a la falta de un nivel adecuado de confianza y, también, por qué no decirlo, a una falta de liderazgo europeo para transmitir esa necesidad a sus respectivas audiencias.

La UE necesita desarrollar una sociedad europea, lo que se denomina de manera menos explícita "ciudadanía europea". Tal concepto puede y deber ser complementario al de las sociedades nacionales correspondientes. En lugar de hablar de coordinar intereses compartidos o de coordinar intereses entre los estados miembros, se deben identificar los intereses comunes de la Unión y trabajar por ellos.

Jean Monnet señalaba: "Haced que los hombres trabajen juntos, mostrándoles que más allá de sus diferencias y fronteras hay un interés común". El conocimiento de los respectivos pueblos europeos es fundamental a tal propósito. A pesar de que la Unión empezó su singladura en 1950, todavía existen tópicos sobre los ciudadanos en función de su procedencia territorial y eso denota falta de conocimiento y produce falta de confianza.

La crisis económica que hoy golpea el mundo occidental, principalmente en Europa, también es una crisis de confianza. En esta crisis, se han vuelto a recuperar los tópicos del pasado; de hecho, España intenta restaurar su imagen internacional que ha sido deteriorada como consecuencia de esta situación, de ahí la puesta en marcha de la "marca España".

Un pueblo, una sociedad que no crea en su cultura y en sus correspondientes valores está condenada al declive político, económico, social y de seguridad; el propio hecho de dudar de la capacidad de la cultura europea para superar la crisis en la que nos encontramos es agravar la misma. El hecho cierto es que la confianza se ha deteriorado y, por tanto, el gran esfuerzo es superar esa crisis de confianza. Se afirma que la UE ha avanzado a golpe de crisis, de hecho la última gran crisis institucional, la guerra de Irak, resquebrajó la coherencia interna, pero a posteriori supuso un nuevo avance en la construcción europea.

La Unión Europea es una organización inacabada que evoluciona en función de la confianza que los ciudadanos tienen entre ellos con independencia del origen de los mismos y de la credibilidad de las instituciones. En la medida que realmente sientan que comparten unos valores comunes será más fácil trabajar juntos y tratar problemas e intereses comunes.

### El dispositivo de defensa en el contexto actual

Cuando un actor internacional, ya sea una civilización –técnicamente no es un actor pero tiene capacidad de influir en el sistema internacional–, una organización supra o intergubernamental o un Estado, muestre síntomas de debilidad de cualquier índole, en el caso actual por una crisis económica, otros intentan sacar ventajas al más puro estilo de la *realpolitik*, sondeando a través de diferentes estrategias hasta qué punto está dispuesto el actor en crisis a proteger sus intereses. Eso lo hemos visto recientemente en las relaciones España-Argentina en el asunto de Repsol, y posiblemente, por otros motivos y en otros escenarios, surgirán reivindicaciones similares.

La fuerza militar es siempre un componente central del poder nacional (Keohane y Nye, 1977). El dispositivo de defensa de un Estado existente depende del nivel de seguridad que se quiere alcanzar. Este, a su vez, es-

tará en función de los intereses nacionales, de la convicción de proteger su cultura, de las alianzas de las que forme parte y del grado de ambición de dicho Estado. A partir de ahí, surgen unos riesgos y amenazas que para ser eliminados o minimizados requieren la elaboración de una estrategia de seguridad en la que se incluya el desarrollo de capacidades militares necesarias para crear un dispositivo de defensa.

Un componente clave en la consolidación de ese dispositivo, además de los recursos económicos, humanos y materiales, es el apoyo de la sociedad. En tiempo de crisis todo se cuestiona, todo se somete a un revisionismo, y la función de defensa entra en reñida competencia con otras funciones básicas del Estado como la educación, la sanidad, etc. En ese periodo es cuando se pone a prueba la fortaleza de la sociedad y a sus representantes, es aquí donde entra el valor social de la defensa. Si una sociedad no sabe de dónde viene, en qué lugar se encuentra y a dónde quiere llegar, es muy difícil que sienta la necesidad de agregar al conjunto de sus valores el de la defensa.

Si el valor de la defensa está interiorizado en los individuos de una sociedad, entonces podemos hablar de una conciencia de defensa. A esa conciencia de defensa se puede haber llegado por factores emocionales y racionales. En caso de que ese valor no esté bien asentado, se buscará utilizar ese bajo nivel de conciencia de defensa para poner en oposición los gastos de defensa con los otros. Existirá la tentación, por parte de grupos o individuos, de ganarse las simpatías de los ciudadanos apelando a recortes drásticos en defensa por ser insolidarios y pocos útiles frente a otras necesidades del Estado y de sus ciudadanos. Sin embargo, si esa sociedad es madura y culturalmente fuerte, todo intento de ganar adeptos por medio del proselitismo estará condenado al fracaso.

La defensa es necesaria porque hay una identidad, hay un Estado como manifestación colectiva y una patria como comunidad de ideas. Los mecanismos de internalización de la cultura y los valores deben intensificarse, no hay nada más perjudicial que crear dudas en lo que uno cree y representa. La conciencia de defensa, como valor, debe seguir socializándose como cualquier otro valor social. En épocas como la que nos ha tocado vivir, no hay opción para adoptar un perfil bajo en este tipo de políticas pues es ahora cuando se cuestiona y se pone en duda lo que una colectividad, bajo cualquier forma de manifestación política, es y representa.

Es evidente que la crisis económica tiene y seguirá teniendo un impacto en las capacidades militares para contar con un dispositivo adecuado de defensa. Por el contrario, esa percepción de debilidad económica, que puede ir acompañada de un cierto desfallecimiento en lo político y cultural, puede tentar a potenciales adversarios a intentar obtener beneficio y, por lo tanto, hacer que aumente la intensidad de ciertos riesgos y amenazas ya localizados o incluso que aparezcan otros nuevos.

En una comunidad intergubernamental o supranacional de valores, cuando surgen problemas, como ha sido el económico, la solución no es volver la vista atrás para intentar buscar soluciones exclusivamente estatales. Esto ocurre igualmente en el área de seguridad y defensa: algunos países occidentales, principalmente los europeos, con unos Ejércitos nacionales con menos capacidades de todo tipo y recursos financieros, se verán forzados a reducir su participación en la comunidad internacional a través de la ONU, OTAN, UE, etc. para proyectar paz, seguridad y estabilidad, encerrándose más en la defensa de los intereses vitales de seguridad.

Si lo anterior está en la mente de los dirigentes occidentales, ello precipitaría más rápidamente el declive de Occidente. Pérez Gil, a este respecto, señala: "Resulta claro que el estado que posee mayor poderío militar tiende a ser el más influyente, sus prioridades son más respetadas y su política exterior más efectiva" (Pérez Gil, 2012). Riesgos globales, intereses y culturas comunes, exigen dispositivos de defensa comunes.

Desde el final de la 2.<sup>a</sup> Guerra Mundial, se han creado organizaciones de seguridad y defensa. En ocasiones, estas organizaciones eran complementarias en ciertos aspectos, en otras se producían redundancias, pero aun así se han mantenido para satisfacer las sensibilidades de algunos países. Después de 65 años, se necesita que haya más Occidente y, por supuesto, más Europa para crear más seguridad; no es suficiente con coordinar las políticas de seguridad y de defensa para riesgos comunes. Al menos en Europa, en concreto en la Unión Europea, las capacidades militares de los estados miembros deben ser progresivamente puestas bajo una autoridad común, dotándose de *pools* de capacidades militares tales como capacidades de proyección estratégica, sistemas de mando y control, etc. Además, con independencia de lo anterior, otros medios nacionales deben ser coordinados con el resto de estados miembros bajo el liderazgo de esta organización europea.

El gran problema, como hemos señalado a lo largo de este trabajo, es que la seguridad y la defensa son los dos aspectos más sensibles de los estados, la razón original y última de su existencia. El avance en la progresiva institucionalización de la seguridad y la defensa en la UE, por citar un ejemplo que está siempre en nuestra mente, requiere altas dosis de confianza en las sociedades de los respectivos estados miembros. Sin embargo, estamos viviendo un quebranto de confianza en el seno de la UE. Sabemos que la política común de seguridad y defensa está pasando por malos tiempos, y los proyectos en el marco de esta política no dejan de ser eso, proyectos, careciendo de liderazgo para ser llevados a cabo.

Por otro lado, Estados Unidos está desplazando cada vez más su influencia hacia el Pacífico, el viejo continente no genera el interés estratégico de antaño. No obstante, debido en cierto modo a una falta de cultura estratégica europea, el liderazgo americano en temas de seguridad y defen-

sa sigue siendo crucial en Occidente y principalmente en Europa: casos como el de Bosnia, Kosovo o Libia están todavía presentes en la memoria de los europeos. No es menos cierto que si esa política persiste por parte de los Estados Unidos, debilitará a la comunidad occidental y terminará finalmente afectando a la propia fortaleza de los Estados Unidos.

Es muy probable que no se vuelvan a recuperar los niveles de crecimiento económico que el mundo desarrollado ha tenido en el último medio siglo. Esto incidirá en todas las políticas de Estado, incluida la de defensa. Como se ha dicho, aquel que opte por un perfil bajo en espera de recuperar los presupuestos perdidos está condenado al fracaso. Muchos países ya han empezado hacer revisiones estratégicas de sus capacidades de defensa para adaptarlas a la realidad, y es aquí donde juega un papel clave a nivel interno, es decir, estatal, el liderazgo estratégico militar: el gran esfuerzo será volver, una vez más, a racionalizar las Fuerzas Armadas, dando prioridad a las capacidades en función de los riesgos identificados y evitando caer en un corporativismo sin sentido en la situación actual.

El principal actor en cualquier dispositivo de defensa son las Fuerzas Armadas. Cada servicio o Ejército tiene una forma de acción que debe ser respetada en función de la eficacia en el cumplimiento de la misión, pero en torno a ello existe multitud de actividades, especialmente en el apoyo a la fuerza, que pueden ser unificadas para todos los servicios con el fin de disminuir efectivos y recursos sin perjudicar capacidades. Es aquí donde el sentido del servicio al Estado y el liderazgo deben tener su máxima manifestación, dejando a un lado consideraciones menores.

Existe finalmente un peligro potencial por parte del liderazgo político, que es afrontar la reducción en términos puramente economicistas, en donde impere el recorte rápido antes que el estudio detallado y preciso de riesgos y amenazas en función del papel que quiera desempeñar el Estado para, posteriormente, determinar las capacidades militares precisas de acuerdo con los recursos disponibles.

Una vez más, los grandes cambios sociales afectan a las organizaciones y estas, a su vez, a las profesiones. Está claro que esta crisis económica occidental, especialmente europea, afectará a la forma de entender las relaciones políticas y sociales tanto a nivel de la comunidad occidental como en sus relaciones con el resto del mundo. Esta situación también repercutirá en las organizaciones responsables de la seguridad y la defensa, entre ellas las fuerzas armadas, y finalmente terminará por influir en la cultura de la profesión militar.

Para dar respuesta al título de este trabajo, se considera que además de elementos puramente económicos que han conducido a la situación actual, existen otros elementos de índole sobre todo cultural, entre los que se encuentran los valores, que demuestran que el que una comunidad sea culturalmente débil termina incidiendo en lo económico y viceversa.

Esta crisis es una buena ocasión para analizar en qué sociedad vivimos, en qué sociedad nos gustaría vivir y si vivimos de acuerdo con los valores que ensalzamos y proclamamos. Si ese análisis no se lleva a cabo, posiblemente, seguiremos siendo testigos del paulatino declive de nuestra civilización, de Europa y de nuestros respectivos países.

*Sin saber nada del viento y las corrientes, sin algún sentido de un propósito, los hombres y las sociedades no se mantienen a flote durante largo tiempo, moral o económicamente, limitándose a achicar agua<sup>4</sup> (Richard Titmuss).*

### Bibliografía

- HUNTINGTON, Samuel P.: *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*. Paidós: 1997.
- PÉREZ-DÍAZ, Víctor: *Europa ante una crisis global*. Gota: 2012.
- YOUNGS, Richard: *Europe's decline and fall*. Profile Book: 2010.
- PÉREZ GIL, Luis V.: *Elementos para una teoría de la Política Exterior*. Tirant lo Blanch: 2012.
- JUDT, Tony: *Algo va mal*. Taurus: 2012.
- European Union Institute for Security Studies: "Citizens in an interconnected and polycentric world". *Global trends 2030*, 2012.

---

<sup>4</sup> Cita tomada de *Algo va mal*, de Tony Judt.